

do animal de que no era tan incapaz de trotar como habia creído, valiéndose de los convinados argumentos de un breva-je de vino y dos puntas de espada, mientras que llenaban á su general de felicitaciones y le besaban las manos y los piés.

—Los soldados de tu padre parecen considerarse deudores para con él; ¿seguramente no será por haberlos acampado en el sitio mas á propósito para poder huir?

—¡Infelices! dijo el tribuno sonriéndose; hemos tenido un pánico mayor que todos los que describen Arriano ó Polibio. Pero él ha sido respecto de ellos un padre mas bien que un general; y no es muy comun el que veinte hombres de corazon, pertenecientes á un ejército derrotado, se decidan por su propia voluntad á retroceder y dirigirse á las filas enemigas en busca de un anciano, con la mera esperanza de que pueda disfrutar aún de vida.

—¿Entonces, vosotros sabiais dónde encontrarnos? preguntó Victoria.

—Algunos lo sabiamos; y él mismo nos mostró ayer esta senda, cuando eligió el punto en que debiamos situarnos,

añadiendo que tal vez nos seria útil en alguna ocasion... como así ha sucedido.

—Pero se me dijo que habias caído prisionero. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido por tí!

—¡Necia! has creído que el hijo de mi padre se hubiera dejado coger vivo? Yo, con la primera tropa, nos salvamos por las paredes de jardín, y nos abrimos camino hácia la llanura hace tres horas.

—¿No te aseguraba yo, dijo Victoria volviéndose á Rafael, que Dios protegeria á sus fieles?

—Es verdad, contestó Aben-Ezra, sepultándose en una larga y silenciosa meditacion.

---

#### CAPITULO XIV.

##### LAS ROCAS DE LAS SIRENAS.

Los últimos cuatro meses habian estado bastante llenos de ocupaciones y de acontecimientos para Hipatia y Filemon; pero los unos y los otros tuvieron ese carácter gradual y uniforme,

que hace no sea necesario detenerse mucho en ellos, prefiriendo mostrar lo que ha sucedido, principalmente por sus efectos.

El robusto y altivo hijo del desierto estaba á la sazón trasformado en un estudiante pálido y meditabundo, oprimido por el peso de los pensamientos, generadores de cuidados, y de una fatigada memoria. Pero aquellos recuerdos eran todos recientes. Con su entrada en el salón de lecciones de Hipatia, y en los hermosos reinos de la ciencia griega, una nueva vida habia empezado para él; y los Lauros, y Pambo, y Arsenio, parecian oscuros fantasmas de alguna existencia anterior, que se desvanecian cada día ante la irrupción de nuevos y sorprendentes conocimientos.

Mas, aunque los amigos y las escenas de su infancia habian desaparecido tan presto de su horizonte, no estaba, sin embargo, solo. Su corazón habia encontrado una morada mas grata, si no mas saludable, que las conocidas por él hasta entonces. Porque durante aquellos cuatro meses de estudio, se habia formado entre Hipatia y el hermoso jóven una de esas puras y sin embargo apa-

sionadas amistades (démosles mas bien con San Agustin el sagrado nombre de amor) que, á pesar de ser bellas y santas cuando unen al jóven con el jóven y á la doncella con la doncella, solo llegan á la perfección entre el hombre y la muger. No hay en la tierra lazos comparables á la adoración desinteresada de una doncella hácia un santo eclesiástico, ó á la que un jóven entusiasta profesa á una sabia y tierna matrona, la cual, en medio del tumulto del mundo, del orgullo de la hermosura y de los cuidados de esposa y de madre, le prodiga consejos y estímulos; no hay ninguno; si se exceptúa el mismo amor conyugal. La segunda de esas relaciones, de madre mas bien que de hermana, era la que habia ligado á Filemon con una cadena de oro á la admirable doncella de Alejandria.

Desde que empezó á frecuentar el salón de lecciones, Hipatia adaptó sus discursos á lo que se figuraba debian ser las necesidades espirituales del alumno; y muchas miradas dirigidas á él, cuando pronunciaba alguna sentencia de peculiar importancia, hacian latir el corazón del pobre jóven, pensando que aque-

llas palabras le tenían por blanco. Pero antes de que pasase un mes, notando ella la profunda atención con que Filemon oía sus lecciones, había persuadido á su padre á que le colocase en la librería en clase de alumno, como los demás jóvenes ocupados allí diariamente en copiar y estudiar los autores entonces de moda.

Al principio le veía, aunque pocas veces. . . . menos de las que hubiera deseado; pero temía las lenguas maldicientes, tanto paganas como cristianas, y se contentaba con que su padre la informase todos los días de los progresos del joven. Cuando solía entrar por un momento en la librería, donde Filemon estaba sentado escribiendo, ó pasaba junto á él al dirigirse al Museo, se cruzaba entre los dos una mirada, que en ella expresaba aprobación y en él gratitud, lo cual era suficiente para ambos. El encanto de Hipatia obraba de un modo seguro, y tenía demasiada confianza en su causa y en sus fuerzas para querer apresurar una transformación que creía infalible.

—Debe empezar por el principio, pensaba en sus adentros. “Con las ma-

temáticas y con Parménides tiene bastante hasta ahora. Sin instruirle en las ciencias liberales, no puede adquirir una fé digna de los dioses, á quienes algun día le presentaré; lo demás equivaldria á trasferir su ignorancia y fanatismo cristiano al servicio de esos dioses, cuyo altar no debe frecuentar mas que el hombre que ha pasado al través de los vestíbulos sucesivos de la ciencia y la filosofía.”

Pero pronto, sintiéndose atraída hacia él tanto como deseaba atraerle, le empleó en copiar manuseritos para su uso. Devolvíale Hipatia sus temas y declamaciones, corregidas por su propia mano, y Filemon los iba colocando en el desván que tenía en casa de Eudemon, como preciosos símbolos de honor, después de exponerlos á los ojos llenos de respeto y de envidia del porterillo. De este modo trabajaba desde el anochecer hasta horas muy avanzadas de la noche, considerando bien pagado el ejercicio incesante de una semana con una sola sonrisa ó con una palabra de aprobación, y se retiraba luego á desahogar su alma con su huésped sobre el tema inagotable para ambos, á saber:

Hipatia y sus perfecciones. Filemon hubiera hablado á menudo de lo mismo á sus compañeros de pupilaje; pero se lo impedia, no solo el temor á sus afectadas maneras de ciudad, sino tambien á su moralidad, asistiéndole justos motivos para recelar de ella. Deseaba recorrer las calles, proclamando á la faz de todos el tesoro que habia encontrado, é invitádoles á venir y participar de él en su compañía. Porque en su puro amor no tenian cabida los celos. Si la hubiera visto prodigando á miles de personas mayores favores que los que á él le habia hecho, se habria alegrado con la idea de que habia en la tierra otros tantos séres felices y los habria amado como hermanos, por merecer tal atencion de parte de ella. En cuanto á su belleza física, desde que pasó el primer arrebato de admiracion, cesó de mencionarla... hasta cesó de pensar en ella. Era natural que fuese hermosa: tenia derecho á serlo.... como complemento de sus demas gracias; pero respecto de él aquella hermosura era lo que la sonrisa de la madre para el niño, la claridad del sol para la calandria, la brisa de las montañas para el cazador... un

elemento inspirador de que se alimentaba sin saberlo. ¡Solo cuando dudaba por un instante de algun aserto demasiado sorprendente ó fantástico, se paraba á considerar la grande hermosura de aquella de quien procedia; y entonces su corazon imponia silencio á su juicio, no pudiendo imaginar que de unos labios tan perfectos saliesen palabras que no fuesen verdaderas, ni que en una cabeza de reina como la suya se formasen pensamientos vulgares!... ¡Pobre loco! sin embargo, ¿no era natural esto?

Luego, gradualmente, cuando Hipatia pasaba junto al jóven y le veia leyendo en alguna alcoba de los jardines del Museo, le invitaba con una mirada á unirse á los admiradores que la rodeaban y tambien á su padre, y que se figuraban reproducir los dias de los sábios atenienses en los jardines de otro Acaemo. Hasta le habia llamado á su lado cuando estaba sola con su padre: y entonces, una pasajera observacion, ardiente y personal, sin dejar por eso de ser mesurada y elevada, le convencia de que Hipatia sentia hácia él mas profundo interés, mas viva simpatía que hácia los demas; que no era para ella un

mero alumno que debía instruir, sino un alma á la que deseaba educar. Y aquellos deliciosos rayos de sol eran cada vez mas frecuentes y duraderos; porque Hipatia encontraba en tales instantes el convencimiento de que no se habia equivocado al juzgar las fuerzas y sensibilidad del jóven; y en ellos Filemon, fuese pública ó privadamente, parecia cada vez portarse con mas dignidad. En efecto, ademas de la natural dulzura y dignidad que acompañan á la belleza física, y sin contar la modestia, moderacion y profunda vehemencia que habia adquirido bajo la disciplina de los Lauros, su carácter griego iba descubriendo toda su viveza, sutileza y versatilidad, hasta parecerle á Hipatia algun jóven Titan, cuando le comparaba con los frívolos y falsos charlatanes que componian su círculo escogido.

Pero el hombre no puede vivir ni de amor platónico, ni de otras especies mas prolíficas de este comun alimento; y en el primer mes Filemon se hubiera acostado muchas noches muerto de hambre, manteniéndose despierto, por causas muy distantes de la meditacion filosófica, si no le hubiera socorrido su mag-

nánimo huésped, cuyo corazon no decaia un solo momento, ni respecto de sí mismo ni de los demas seres humanos. En cuanto á salir Filemon con él á ganar el pan, no queria ni que se mentase semejante cosa. ¿No era creible que si encontraba á algunos de aquellos pícaros monges en la calle, embestirian con él y se lo llevarian consigo á viva fuerza? Fuera de que habia algo de impiedad en permitir que un estudiante de tantas esperanzas descuidase lo *Divino infame* para atender á las bajas necesidades de la boca. De consiguiente, no le exigia alquiler ninguno por su habitacion. . . . ninguno, de positivo; y tocante á la comida, todo se reducía á trabajar un poco mas, á fin de hacer provision para ambos. ¿No tenian sus vecinos multitud de chiquillos que alimentar, mientras que él, gracias á los inmortales, habia sido demasiado sabio para no cargar la tierra con animales que añadirían á la fealdad de su padre el tartáreo color de su madre? Sin contar que Filemon le pagaria cuando llegase á ser un gran sofista y reuniere dinero, como lo reuniría un dia ó otro; y entretanto algun feliz cambio podia

sobrevénir, hallándose visiblemente protegidos por los dioses. Estaba, por otra parte, seguro de que el día en que vio la primera vez á Filemon, los planetas le eran favorables, hallándose Mercurio en.... había olvidado que.... con Helios, circunstancia que, en su sentir, prometía á Filemon una carrera semejante á la del glorioso y devoto emperador Juliano.

Filemon rechazó esta idea, en la cual le parecía encontrar una horrible verosimilitud; pero debiendo aprender filosofía y necesitando comer pan, le fué forzoso someterse.

Una noche, pocos dias despues de ser admitido como discípulo de Teon, halló con mucha admiracion suya, en la mesa de su desvan, una moneda de oro. A la mañana siguiente la llevó al portero, suplicándole que averiguase á quién pertenecía y la devolviese. Pero ¡cuál fué su sorpresa cuando su huésped, en medio de cabriolas y gesticulaciones sin fin, le dijo con cierto aire de misterio, que no se trataba en aquel caso de ninguna pérdida; que los atrasos de sus alquileres habían sido pagados; y que por la bondad de las potestades celestes,

recibiría cada mes una cantidad igual! En vano Filemon quiso saber á quién debía aquel socorro. Eudemon guardó resueltamente el secreto, y llamó sobre la cabeza de su muger un completo tártaro de inútiles maldiciones si daba sueta á la lengua (aunque la infeliz criatura no parecía abrir jamas los labios desde por la mañana hasta la noche) y revelaba tan gran misterio.

¿Quién seria aquel amigo desconocido? Solo habia una persona capaz de semejante hecho.... Y sin embargo, no se atrevia.... (el pensamiento era demasiado delicioso) á imaginar que fuese ella. Sospechaba de su padre, pues el anciano le habia preguntado varias veces por el estado de su bolsa. Es verdad que Filemon habia dado siempre respuestas evasivas; pero no era extraño que el generoso anciano adivinase la verdad. ¿No debía ir y darle las gracias? Quizá fuese preferible no decir nada. Si él.... ó ella.... (porque de todos modos, ella habia permitido, y tal vez indicado el presente) hubiesen querido que él les diese las gracias, no habrian ocultado tan cuidadosamente su generosidad.... Pero ¡qué reconocido no de-

bia estarle! ¡Qué placer sentía en hallarse en deuda con ella de alguna cosa... de todo! ¡De buena gana le sería deudor hasta de la vida!

Tomó, pues, la moneda, se compró una capa como la que usaban los filósofos, y siguió su camino lleno de alegría.

Pero ¿qué se había hecho su fé en el cristianismo?

Sucedió lo que por lo regular sucede en tales casos. No había muerto, pero sí se había adormecido. Continuaba creyendo, y el suponer lo contrario, hubiera excitado su indignación; pero la geometría, las secciones cónicas, las cosmogonías, la psicología ocupaban todo su tiempo, y no le quedaba un solo instante que dedicar al cristianismo. Recordaba á veces su existencia; mas, aun entonces, ni la afirmaba ni la negaba. Cuando hubiese resuelto las grandes cuestiones (aquellas que Hipatia había establecido como raíces de todo conocimiento), á saber: la formación del mundo, el origen del mal, la naturaleza humana, con algunas otras materias preliminares, entonces tendría tiempo para entregarse, ayudado de la ciencia ad-

quirida, al estudio del cristianismo; y si esta religion no se hallaba de acuerdo con esa ciencia, según Hipatia parecía pensar... entonces... ¿qué sucedería entonces?... Filemon procuraba alejar de su mente tan desagradables posibilidades. ¿Posibilidades? Era imposible... La filosofía no podía inducir á error. ¿No la había definido Hipatia, diciendo que era la investigación humana de lo invisible? Y si descubría por su medio lo invisible, ¿no equivaldría á que lo invisible se le hubiese revelado á él? Y que había de descubrirlo era indudable, pues la lógica y las matemáticas no podían equivocarse. Si cada paso era correcto, la conclusión debía serlo también; así, tendría que acabar por entrar en la buena senda (suponiendo que el cristianismo lo fuese) y volver á combatir por la Iglesia, con la espada que habría arrancado á Goliath el Filisteo... Pero aun no había ganado la espada; y entretanto, la instrucción era obra difícil y suficiente para el día el bien, como asimismo el mal que de ella emanaban. Siéndole, pues, dado dedicarse enteramente al estudio, mediante la moneda de oro que recibía cada mes, llegó

á ser lo que Pedro hubiera denominado con su natural impolítica, un pagano. Al principio entraba en las iglesias cristianas, por un hábito de conciencia, pero los hábitos se adormecen pronto. El temor de que le descubriesen y se apoderasen de él; hizo que su asistencia fuese cada día mas rara; y manteniéndose en lo posible separado de la congregacion, como un adorador solitario y secreto, no tardó en encontrarse tan distante de los demas cristianos en el corazon, como lo estaba en la vida diaria.

Conoció que ni sus pensamientos ni sus deseos marchaban de acuerdo con los de aquellos; ademas de que no hablaba con ningun cristiano, porque la negra, muger del porterillo, parecia huir de él, lo cual Filemon no sabia si atribuir á modestia ó á terror; y así, apartado exteriormente de la *Comunion de los santos*, fué alejándose tambien interiormente, y cesó de ir á la iglesia. Sin saber por qué, miraba á otra parte siempre que pasaba por delante del Cesáreo, y Cirilo y toda su poderosa organizacion se convirtieron para él en otro mundo, con el cual estaba menos rela-

cionado que con los planetas que giraban sobre su cabeza, y cuyos misteriosos movimientos, simbolismos é influjos, descubrian á su estraviada imaginacion las esplicaciones astronómicas de Hipatia.

Esta observaba semejante cambio con creciente orgullo, figurándose que Filemon seria el instrumento para realizar por fin sus esperanzas. Segun es costumbre de las mugeres, le coronaba, en su fantasía, con todas las perfecciones que hubiera deseado que poseyese, como con las que positivamente manifestaba, de suerte que Filemon hubiera quedado tan atónito como envenecido si hubiese visto la caricatura idealizada de sí propio que la amable entusiasta habia pintado para su recreo particular. Dichosos fueron aquellos meses para la pobre Hipatia. Orestes, por una ú otra razon, habia cesado de insistir en sus pretensiones, y el sacrificio de Ifigenia no ocupaba ya sino el último y mas sombrío término del cuadro. Quizá ella podria ahora conseguir la realizacion de sus planes sin Orestes. No obstante.... ¡habia que aguardar tanto tiempo! Pasarian años antes que

la educacion de Filemon estuviese completa, y con ellos se perderian oportunidades preciosas para nunca mas volver.

—¡Ah! decía á veces suspirando, si Juliano hubiese vivido una generacion mas tarde! Entonces hubiera llevado todos mis tesoros, ganados á costa de tantos afanes, á los piés del Poeta del Sol, y le hubiera dicho: “¡Tómame!... Héroe, guerrero, hombre de estado, sábio, sacerdote del Dios de la Luz, ¡toma á tu esclava, mándala... envíala... al martirio, si quieres!” ¡Corto precio habria sido este para comprar el honor de ser el último de tus apóstoles y acompañar en su tarea intelectual á Yamblico, Máximo, Libanio y demas sábios que rodeaban el trono del último verdadero César!

## CAPITULO XV.

### MAS VIENTO DE ORIENTE.

Hipatia habia evitado siempre cuidadosamente discutir con Filemon sobre

ninguno de aquellos puntos en que disenta de la fé primera del monge. Contentábase con dejar que la divina luz de la filosofia penetrase por su propia fuerza y dedujese sus conclusiones. Pero un dia, en el tiempo mismo en que este relato comienza de nuevo, se sintió tentada á hablar mas claramente á su discípulo. Teon habia puesto en manos de éste algunos dias antes una nueva obra de Hipatia sobre matemáticas; y la mirada de placer y adoracion con que el jóven la saludó al encontrarla en los jardines del Museo, provocó su curiosidad y la indujo á averiguar los milagros que su sabiduría hubiese hecho hasta allí. Detúvose, pues, é indicó á su padre que diese principio á una conversacion con Filemon.

—¡Bien! dijo el anciano con alentadora sonrisa. ¿Y cómo encuentra nuestro discípulo su nuevo. . . .

—Mis secciones cónicas, ¿no es eso lo que quieres dar á entender, padre? Difícil será que en mi presencia se explique francamente.

—¿Por qué no? dijo Filemon. ¿Por qué no habria de manifestarte, lo mismo que á todo el mundo, el nuevo y ad-